



La Tierra de Rubén Vista por Rubén

*"Si pequeña es la Patria
uno grande la sueña".*

Rubén Darío

Recopilación 1960

Francisco Terán

La flora tropical es de una belleza que causa como una sensación de laxitud. El paisaje diríase que penetra en nosotros por todos los sentidos, y hay una furia de vida que con su proximidad enerva. Se creería que bajo la vasta techumbre azul de un firmamento que se rayaría con una estrella, flota un efluvio estimulante para el espíritu y para la sangre; pero cuyo estímulo se convierte en languidez, en desmayo voluptuoso.

Sólo en el jardín de una casa amiga, he visto una tarde, en tibi crepúsculo, algo semejante a una estagnación de las horas. Hacía calor húmedo y voluptuoso, y el ciclo, en que brillaban tan solamente, diamantinos, dos o tres luceros, se me representaba como inmenso invernáculo. No se sentía ni un soplo de aire; la vegetación hubiérase dicho cristalizada en la absoluta inmovilidad de las hojas. Había allí azucenas blancas de anunciación y otras semejantes a estilizados lirios heráldicos; había rosas de olor y jazmines orientales que constelan los verdes y espesas enredaderas en que crecen; había una flor que se llama cundiamor, y otra que estalla para regar su simiente, y la que se nombra bellísima, que evocaba para mí, rosada y alegre, altares domésticos como los que se adornan en Diciembre para celebrar la Concepción de María. Toda la circundante naturaleza me parecía contenida en un concentrado bloque de tiempo, atmósfera de bella durmiente del bosque o del le-

gendario monje extasiado que escucha al pájaro paradisíaco.

El lujo del campo lo volvía a admirar en plenas sierras. Se va a éstas a caballo; a las más cercanas pueden llegar carruajes. Desde que se sale de la capital y se comienza a subir, una temperatura dulce y fresca sucede a los alrededores de la ciudad. Se empieza a ver a un lado y a otro del camino rústicas fincas. Yo me deleitaba con las fragantes vegetaciones, con los cafetales, que evocan poesía criolla y antillana, sabrosos sentimentalismos líricos a lo mulato Plácido. Y hay en las viviendas, cubiertas de tejas arábicas o de paja, tales ejemplares de la mujer natural, mozas morenas, altas por lo general, de cuerpos flexibles, muchachas bronce o cacao, o pálidas mestizas, que sugieran fatigantes y agotadores cariños solares. Pongo por caso que tenéis sed y os detenéis en una de esas posesiones en las que, desde vuestra caballería, podéis ver el fogón de llamas de oro ante el cual se preparan los yantares. Una campesina de ésas os trae una agua fina, fría y doblemente grata por ser servida en un guacal, esto es, en una taza hecha de la corteza del fruto del jícara, las cuales tazas refrigeradoras suelen ser labradas e historiadas de escudos, aves, panículos, grecos y letras. A la oferta del agua se agrega la visión de unos lindos brazos, de unos lindos hombros y una rosada sonrisa. Y todo esto bien os puede hacer pensar en algo de Biblia en algo de Conquista, en Rebecca o en Doña Marina.

Me engreía ver a un lado y otro del camino los arbustos cargados de su fruto rojo y al-

gunos aún como "un manojo de tirso llenos de su blanca floración. Y calculaba al ver la feracidad de aquel terreno, en que se suceden alturas y hondonadas, tupido de arbustos de



riqueza, cómo es de fecundo y pródigo aquel suelo y cuánto hay que aguardar de las horas futuras, cuando una apropiada y propicia corriente inmigratoria contribuya a hacer la producción más abundante y más profícua".

En los párrafos transcritos, Rubén Darío nos da una poética lección de botánica que el lector no olvidará. A través de sus líneas, incluso, se percibe la sensación olorosa e inconfundible que producen las flores tropicales, de los cafetos, de los bananeros, del bosque todo que cubre las Sierras de Managua.

Y cuando la pintura la hace en verso, el paisaje nicaragüense se aparece en miniaturas geniales que semejan cuadros de Corot, como ese que tituló "Intermezzo Tropical".

Midi, roi de élés, como cantaba el criollo francés. Un mediodía.

Toda la isla quema. Arde el escollo; y el azul, fuego envía. Es la isla del Cardón, en Nicaragua. Pienso en Grecia, en Morea o en Zacinto.

Pues al brillo del cielo y al cariño del agua se alza enfrente una tropical Corinto.

Penachos verdes de palmeras. Lejos la tribu en roca de volcanes viejos, que, como todo, aguarda su instante de infinito.

Un ave de rapiña pasa a pescar y torna con un pez en las garras.

Y sopla un vaho de horno que abochorna y tuesta en oro las cigarras.

La pintura de Corinto, de clima extremadamente ardiente, con sus mediodías bochornosos durante los cuales hasta la brisa marina sopla con calores de horno, a más de exacta como una fotografía, resulta tan

En la descripción de las gentes, de las personas, encontramos iguales aciertos:

La mujer nicaragüense no tiene un tipo marcadamente definido entre las del resto de Centroamérica; pero hay en ella algo especial que la distingue. Es, y ya lo he hecho observar en otra parte, una especie de languidez arábica, de nonchalance criolla, unida a una natural elegancia y soltura en el movimiento y en el andar. Como en las Antillas, como en casi todas las Repúblicas sudamericanas, abunda el color moreno, el cabello negro; pero no son escasas las rubias. Solamente que el clima no deja durar mucho los oros de los primeros años".

Y cuando para completar la pintura, de un retrato femenino, recurre a los símiles inspirados en los rasgos de la Geografía

Patria, lo hace siempre tratando de exaltar lo nativo y lo vernáculo, como puede observarse en muchas de sus dedicatorias escritas a vuela pluma, en Álbumes y Abanicos:

Un eco dulce y magnífico, / vago y misterioso cántico / de aqueste suelo prolífico que está lamiendo el Pacífico / y está arrullando el Atlántico.

Con el alma entusiasmada / te brindo en esta ocasión / una corona formada / con magnolias de Granada / y con mosquetas de León.

La etopeya del trabajador nicaragüense, asimismo, es un modelo de apreciación del carácter, de la personalidad, de la conducta de este hombre tan estrechamente compenetrado con su ambiente geográfico:

"Si el clima predispone para la fatiga y hay en él el tropical incentivo de la pereza, adelanta, sin embargo, la actividad artesana, Managua, León, Masaya, Granada, Rivas, Matagalpa, son centros principales de trabajo. Aunque las condiciones de vida del país son tan diversas de las que hacen levantar tantas protestas al obrero en naciones europeas y americanas, no ha dejado de sentirse por allá uno que otro vago soplo de espíritu socialista; más no ha encontrado ambiente propicio en don-

Pasa a la Página 14